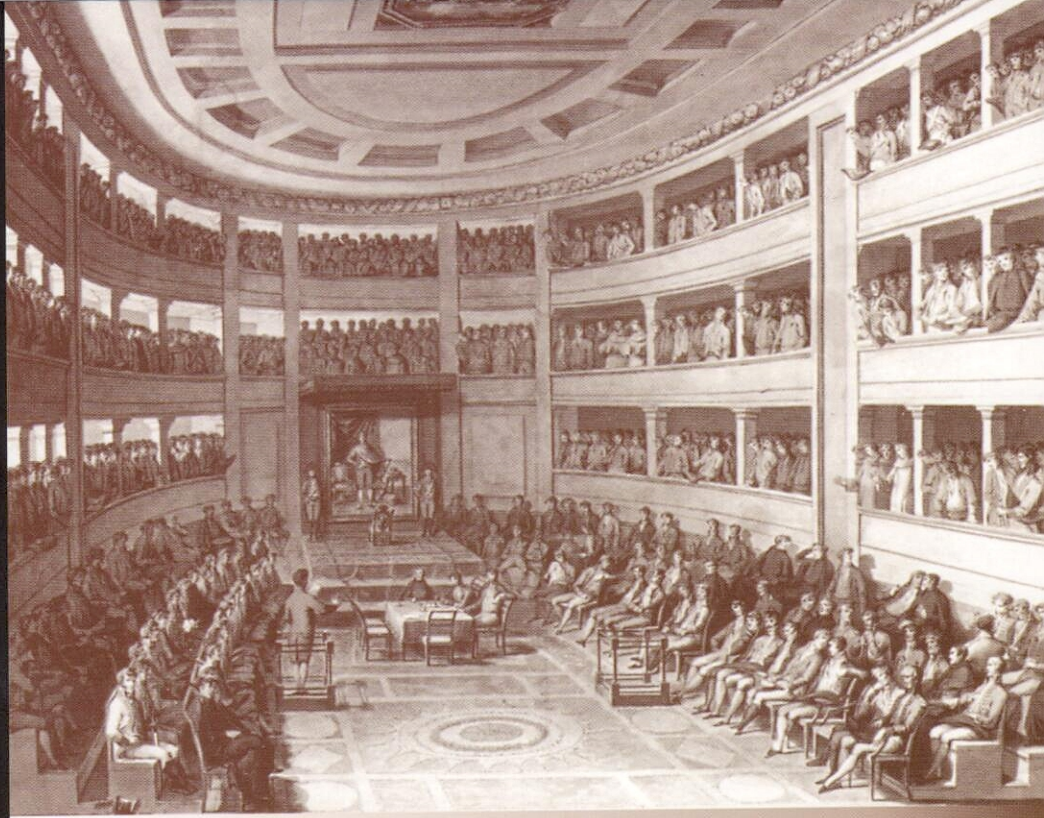

Experiencia y memoria de la revolución española (1808-1814)

FERNANDO DURÁN LÓPEZ
DIEGO CARO CANCELA (eds.)

mHA
MONOGRAFÍAS
Historia y Arte

UCA Universidad de Cádiz
Servicio de Publicaciones

Ayuntamiento de Cádiz

Experiencia y memoria de la revolución española (1808-1814)

FERNANDO DURÁN LÓPEZ
DIEGO CARO CANCELA (eds.)

UCA Universidad de Cádiz

Servicio de Publicaciones

Motivo de cubierta: *Sesión de Cortes en la Real Isla de León.*
Dibujo a pluma y aguada a tinta china de Juan Gálvez
Museo de la Fundación Lázaro Galdiano

Primera edición: 2011
Edita: Servicio de Publicaciones. Universidad de Cádiz.
C/ Doctor Marañón, 3 11002 CÁDIZ (España)
www.uca.es/publicaciones

© Servicio de Publicaciones Universidad de Cádiz, 2011
© Los autores
ISBN: 978-84-9828-334-1
Depósito legal:
Imprime:

"Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derecho Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra"

ÍNDICE

Presentación 9

Javier López Alós, *Acontecimiento y experiencia de la revolución* 13

Antonio Moliner Prada, *Mudanzas en tiempos de guerra (1808-1814). El rescate de la libertad* 25

Jean-Marc Lafon, *El Terror en la mente. ¿Fue revolucionario el levantamiento español de 1808 según los testigos franceses* 51

Jean-Philippe Luis, *La familia: una vía para analizar el trauma de la Guerra de la Independencia* 71

Juan López Tabar, *La mirada crítica: los afrancesados ante la revolución española* 99

Celso Almuiña Fernández, *La generación de 1808 ante la guerra y revolución: la experiencia popular* 121

Jean-René Aymes, *Los escritos de los deportados a Francia (1808-1814): mentalidades y opiniones* 159

María Zozaya Montes, *Prisionero en libertad. Vivencia de un ingeniero militar deportado durante la Guerra de la Independencia* 173

María Dolores Gimeno Puyol, *El sitio de Tarragona en las memorias del general Contreras* 193

Pedro Rújula, *Un despertar constitucional. Experiencia política y memoria/s en la España liberada (1812-1814)* 213

Juan Carlos Mucientes Manso, *Guerra y educación en Valladolid (1808-1815)* 235

José Antonio Negrín de la Peña, *Experiencia y memoria de Martín de Garay: de la hacienda del Antiguo Régimen hasta la reforma de 1817* 249

Raquel Sánchez García, *Recuerdo y recreación. El proceso constitucional gaditano ante sus contemporáneos* 265

Andrew Ginger, *¿Ser joven era realmente divino, o en qué consistía la madurez revolucionaria?* 301

Carlos Reyero, *Recordar sin ver. Las Cortes en Cádiz, la representación elidida* 317

José Saldaña Fernández y Víctor M. Núñez García, *¿Una memoria compartida? La Constitución de 1812 en el parlamentarismo español (1834-1840).* 337

Enrique V. de Mora Quirós, *Memoria y construcción constitucional en Jaime Balmes* 353

Claudio Hernández Burgos, *«La creación de la raza»: la Guerra de la independencia a medida del franquismo* 369

Prisionero en libertad. Vivencia de un ingeniero militar deportado durante la Guerra de la Independencia[1]

María Zozaya Montes
(Universidad de Valladolid)

> [escapó] con suma dificultad y riesgo por estar interceptado el camino. El 30 entró en Zaragoza y el 19 de diciembre inmediato salió con el comandante de Yngenieros a hacer un reconocimiento de suma importancia para la mejor defensa y, hallándola a su regreso embestida por el enemigo, entró en ella [...] venciendo los obstáculos que le opusieron (AMZ: f. 11).

El ingeniero militar José María Román escribía estas palabras a la altura de 1821. Con ellas recreaba los episodios donde él sobresalió luchando en los dos sitios de Zaragoza en 1808 y 1809. Eran parte de los méritos que presentaba ante la Asamblea de la Orden Militar y Nacional de San Fernando, para solicitar su Cruz distintiva. Esta condecoración se creó durante la Guerra de la Independencia para distinguir en grado máximo las acciones gloriosas y el mérito heroico.[2] Puede decirse que Román reclamaba la condición de héroe por esos servicios a la patria; en este caso, por su valerosa actividad. Valerosa actividad cuyo prestigio ya había sido reconocido en tiempo de la Guerra de la Independencia, cuando por sus «méritos y circunstancias obtuvo el grado de teniente en la primera defensa», «el de capitán en la segunda y el de teniente coronel que se confirió a todos los defensores de Zaragoza» (AMZ: f. 11 r°).

---

1 Investigación vinculada al proyecto *Elites Contemporáneas* de Pedro Carasa (BABECyL; GR110; UVA) y *Grupos profesionales* de Francisco Villacorta (HUM 2007-62675/HIST; CSIC).

2 Fernando VII (1819), *Real Decreto* 10-VII-1815, pp. 22-33. Román la solicitó en dos ocasiones, en 1816 y 1821, recibiéndola durante el Trienio, en 1821.

Así, gracias a la guerra Román había ascendido. Pero ¿cómo vivió aquel periodo? ¿Cuál fue su percepción del camino hacia la guerra, la prisión o el cautiverio mismo? ¿Supuso algún condicionante su pertenencia profesional?

1. La vivencia. El enfoque de las situaciones vividas por el personaje

Lo recién visto procede de testimonios obtenidos de documentos oficiales (AMZ). Con otro estilo muy diferente, José María Román fue relatando aquellas aventuras de guerra y prisión en un diario personal. Lo escribió entre 1808 y 1814, pero no vio la luz hasta dos siglos después, cuando fue publicado junto a su edición crítica (Román; Zozaya, 2008: 1-32). Aún quedan variadas facetas por analizar de su diario, de las cuales aquí se tratan someramente ciertas vivencias de guerra y cautiverio del autor.[3] El objetivo es encontrar el significado de la guerra dentro del puzzle de su percepción. El diario está escrito en estilo conciso, sencillo, objetivo y funcional. Entonces, para registrar sus vivencias se ha de realizar una lectura bastante subjetiva; se han de leer de manera indirecta las informaciones que a menudo sólo pueden sonsacarse entre líneas.

Para realizar tal análisis, la investigación se estructura en varias partes. Las jalonan los lugares más representativos del manuscrito: el periodo en España, desde su salida de Alcalá de Henares en junio de 1808 hasta su derrota en Zaragoza en febrero de 1809; su camino a Francia y su cautiverio hasta abril de 1814; su regreso España y su finalización del viaje en agosto de 1814.

Es relevante el hecho de que Román fue consignando en todo su viaje la cantidad de espacio recorrido. Figura de forma omnipresente la medida de la legua. Esta unidad no cuenta sólo la longitud. Mide el espacio en función del tiempo, pues se refiere a la distancia que puede andar un hombre en una hora. Se trata, pues, de una medida muy subjetiva, dado que ese espacio recorrido depende de las condiciones del terreno así como del medio de locomoción empleado (Zozaya, 2008: 25-29).

Esa misma subjetividad parece filtrarse en la concepción del espacio y del tiempo en el propio diario. Por un lado, cuando constan las leguas registradas en el margen derecho de las páginas, remiten al desplazamiento del personaje por motivos de guerra o prisión, pero también indican el paso del tiempo. Representan el tiempo en que está vivo, pero vivo ese día, sin visión de futuro y experimentando riesgo, inquietud o desconcierto. Resulta la expresión simbólica de la incertidumbre de vida

3 Seguimos criterios de la Sociología y Psicología, compendiados por Uña y Hernández (2004: 1579).

a que estaba abocado entonces. Por otro lado, cuando apenas consigna las leguas porque detiene su viaje, es como si, además de en el espacio, quedase detenido en el tiempo. Román queda sumido en otro mundo, parece olvidar —hace olvidar al lector— que está prisionero. Entonces, ahonda en su faceta intelectual, desarrolla las múltiples capacidades de su cultura y formación. Aparenta estar viviendo un momento idílico, soñado. La presencia de la legua resulta ser entonces otro de los retransmisores indirectos de sus vivencias de guerra. Representa un movimiento externo material que no es acorde con el movimiento interno espiritual, que va a emerger precisamente cuando se detengan las leguas.

2. En España

2.1. La «salida» hacia Zaragoza... ¿o la «Fuga»?

«El día 8 de junio de 1808, á las 12 de la noche, salí de Alcalá [...] para dirigirme á Zaragoza». Así comenzaba José María Román su diario de viaje (2008: 39). Con una frase que encerraba mucha más información de la aparente.

Primero, afirmaba «salir» de un lugar, pero con nocturnidad; había algo más, entonces. En efecto. Años después, en 1821, el mismo Román señalaría en documentos oficiales que en 1808 se había «fugado» de Alcalá (AMZ: f. 10v°). Y precisamente se denominó «famosa fuga de Alcalá» (Sala: 131) a esa salida junto con la que un mes antes habían realizado otros profesores zapadores de la misma Academia que acudieron a defender Valencia. Desde la propia Real Academia de ingenieros de Alcalá se diría que fueron expediciones emprendidas por «valientes» ingenieros en acción «patriótica» (Oficial, 1846: 120; 131). Y para distinguirlas crearían el «escudo de la fuga de zapadores» en 1816 (Arma: 1911). Sin embargo, Román había registrado ese detalle en su diario en 1808 como si se tratase de una salida de expedición ordinaria.

¿Por qué? Porque a la altura de junio de 1808, la palabra «fuga», tenía claras connotaciones de subversión contra el poder establecido. Connotaciones muy ciertas, pues en esos días las capitanías generales españolas no se podían sublevar contra Bonaparte, ni permitir que el ejército se le sublevase, ya que de esa forma desacataban las órdenes de Fernando VII (Tratado de Fontainebleau o abdicaciones de Bayona). Los franceses aliados, legitimados por esos acuerdos oficiales, actuaban sin embargo claramente en contra de los intereses españoles. El ejército forastero francés estaba mermando la moral y las propiedades materiales españolas. Por ello se

había generado un sentimiento de justicia popular —militar y civil—, que consideraba lícito atacar al invasor. Lo cual motivó que se tramase el levantamiento en diferentes provincias. Un primer paso fundamental que se dio en diversas provincias consistió en destituir a sus capitanes generales; tomar el poder y ordenar la sublevación militar española. En mayo de 1808, en Zaragoza se había aprisionado al Capitán General Jorge Juan Guillelmi, nombrando por aclamación general en jefe a José de Palafox para iniciar la sublevación. Esta era la causa de que el autor mencionase que iba en aquella dirección.

Segundo, José María Román señalaba que salía de Alcalá, pero dejaba implícita otra información profesional, pues probablemente la daba por consabida. Salía de la Real Academia de Ingenieros de Alcalá de Henares, donde era subteniente (AGMS: f. 1) y llevaba cuatro años trabajando como profesor. Mencionaba también a algunos de los profesores que salían en la misma expedición, pues iba «en Compañía del Coronel Pueyo, de Bustamante, Zappíno, Bayo, Rodríguez-Pérez y Quiroga» (2008: 39). Les mencionaba sólo sus apellidos, en principio por ser personajes conocidos por él, pues eran antiguos compañeros de promoción de la Real Academia de Alcalá. Sin embargo, omitía a otros cinco profesores que en teoría iban en la expedición,[4] ¿acaso salieron en dos turnos por cuestiones de seguridad o no les mencionaba por cuestiones de cercanía personal? Puede que sea este motivo, que guió sus palabras en más ocasiones.

2.2. Viaje a Zaragoza y salidas de reconocimiento. La visión del ingeniero.

La mirada de Román camino a Zaragoza estuvo muy condicionada por su profesión. El estilo inicial del diario responde a las características propias del cuaderno de un ingeniero militar en tiempo de campaña. Sigue las pautas de concisión, objetividad, funcionalidad y estrategia que suelen consignar los especialistas (Capel,

4 José María Román (2008: 39) se refería al anciano Coronel Pueyo; al capitán Francisco Bustamante; a Cayetano Zappíno, gran amigo de Antonio Sangenís, a quien seguía en la escala de segundos tenientes coroneles o sargentos mayores (en teoría también fue Sangenís, si bien Román era discípulo predilecto suyo pero no lo cita); al capitán Manuel Bayo; al subalterno Manuel Rodríguez-Pérez y al capitán Juan Miguel de Quiroga. Los refería por un orden que no siempre seguía jerarquías. Omitía a los capitanes Manuel Caballero y Francisco de Gregorio García, teniente de ingenieros; también a los subalternos tenientes, Pedro Romero Tejada, José Navarro Herrera y José Cortinez Espinosa, ayudante profesor en 1808. Román conocía previamente a Sangenís, Velasco y Tena de la Academia militar de Zamora; en 1808 era profesor en la especialidad de zapadores (Sala, 1908: 131-139, 124, 131, 136; Arma, 1911).

2001; Muro, 2007). Al igual que otros manuscritos de ingenieros, su diario delata una misión de constante vigilancia (García, 2002). Los ingenieros militares tenían asignadas las tareas de construcción y reparación de fortificaciones, preparación del territorio para su defensa o supervivencia en casos de sitio y asedio. Entonces, era fundamental un rápido conocimiento de las posibilidades del terreno, las cuales determinarían la posterior actuación y toma de decisiones. Tales criterios tamizaron la mirada funcional de Román. En sus apuntes, aparece el terreno más que el paisaje. Un terreno que parece prospectar. Ofrece con pequeñas impresiones un cúmulo de datos sobre estrategia, historia, comunicación e infraestructura de un pueblo. El 10 de octubre escribía:

> Sangüesa es una ciudad pequeña y que habrá sido hermosa antes de que el río Aragón hubiese arruinado la mitad de ella hace 20 ó 22 años. Está situada en un terreno muy fértil, pero tan baxo que está sumamente expuesto á las riadas del Aragón; sobre este río hay un puente medio arruinado. Tiene tres ó cuatro conventos, bastante comercio, etcétera (Román, 2008: 51).

Por todo el camino se iba fijando en las rutas de paso, cuyo estado limitaba lógicamente las posibilidades que ofrecían las zonas estratégicas. Al poco de haber salido, el 12 de junio de 1808, Román señalaba por ejemplo que el camino hasta Medinaceli y desde ella á Arcos era «muy malo, y el pays, quebrado». Además, iba precisando los lugares en altura. Comentaba también de Medinaceli que era una «villa situada en uno de los parages más elevados de España», desde donde se veía «el palacio de los Duques de este nombre». Así mostraba indirectamente las posibilidades de cada lugar, si era bueno para establecerse o si contaba con fortificaciones reutilizables. Al llegar en agosto de 1808 a Sádaba la comparaba con otra de las cinco villas de Aragón. Decía que no era «tan grande como Exea pero muy buena y en una situación agradable», que estaba rodeada de murallas antiguas y que en su inmediación tenía «un gran torreón separado». De Erla indicaba que era un pequeño lugar donde había «vestigios de una fortificación antigua». De la ciudad de Olite, en Navarra, que estaba «situada en una llanura extendida en un terreno hermosísimo», señalaba también las construcciones que estaba murada en gran parte y tenía «un gran Castillo bien conservado y un colegio de misioneros, muy buenos edificios» (Román, 2008: 47; 39; 53; 52).

En raras ocasiones José María Román dejó constancia directa de que el relato del paisaje respondiese a la necesidad de controlar el territorio. Fue con motivo de las ex-

pediciones. En agosto de 1808 apuntaba que salió «a reconocer los vados del Ebro, que por varias partes no tenía más que un palmo de agua». También el 19 de diciembre registraba que fueron «á hacer varios reconocimientos con el objeto de buscar un parage en que poder colocar el exército, desde donde éste pudiese inquietar al enemigo»; aunque pretendían que fuese el lugar de Leciñena, no fue posible porque tenía «160 vecinos, sin edificios propios para alojar las tropas, ni aguas, pues sólo hay unas balsas que se secan» (2008: 47; 51). Testimonios de este tenor tan claro u otros indirectos reflejan que estaba pensando en las labores de defensa, estrategia o abasto. Plasman, en definitiva, cómo su visión estaba condicionada por su profesión de ingeniero.

2.3. Los ingenieros militares frente al cuerpo de militares.

La pertenencia profesional de José María Román también generó otra vivencia, la del enfrentamiento entre el cuerpo de ingenieros militares y el ejército. El primer conflicto apareció nada más encontrarse. Fue durante el primer sitio de Zaragoza, cuando el 18 de junio fueron a Longares para unirse a José Palafox:

> nos presentamos al General en Jefe, que no nos recibió con la distinción que esperábamos: á su puerta estaba de guardia el Tío Jorge con un mal sable en la mano y sus pistolas en la faxa, su uniforme era chaqueta de indiano, alpargata, redecilla, [...]. Dos horas después de nosotros llegó el alférez Casaus y el General le hizo Coronel, y á todos los Sargentos, Capitanes; á Caballero, que le presentó unos guardias Españoles, le hizo sargento mayor de este regimiento. Los Yngenieros, como gente de poco provecho en la defensa de una Plaza, se quedaron como estaban (Román, 2008: 40).

En definitiva, José Palafox estaba obviando que el cuerpo de ingenieros era de elite por su preparación y responsabilidades. Estaba rompiendo con su fuerte concepción de las jerarquías. Además, estaba desvirtuando las ya existentes mediante sus concesiones de ascensos a los militares sin el mérito debido, o por nimiedades, como al servicial ingeniero Manuel Caballero, antes capitán. Palafox no les estaba valorando. Tampoco parecía estimar la relevancia del Cuerpo de ingenieros en tiempo de guerra. Román señalaba apenas una semana después del encuentro que el General en Gefe mantenía la misma actitud, y que, como no les empleaba en nada, le explicaron «el papel poco decoroso» que les obligaba a hacer, suplicándole que no

les «tuviese inútiles, así lo prometió excusándose lo mejor que pudo» (Román, 2008: 44).

¿De dónde venía este enfrentamiento? Probablemente, de la consideración compartida por el Cuerpo de ingenieros del alto valor de las jerarquías y del mérito. También, del choque entre los fuertes hábitos corporativos propios de los militares frente a los de los ingenieros (Andújar, 1991: 212-220; Capel, Sánchez, Moncada, 1988). Tal imagen quedó patente cuando se allegase al grupo de militares su compañero José Cortínez Espinosa, teniente de ingenieros profesor de la Academia de Alcalá (Sala, 1908: 145). «Estaba con los guardias Españoles» e «hizo la guardia al General con el uniforme de Yngeniero», por lo que sus compañeros le plantearon «que no convenía», que era preciso unirse a ellos o dejarles del todo, con lo cual «se quedó en la Ynfantería hasta después de la batalla de Epila, que volvió al Cuerpo» (Román, 2008: 41).

Este enfrentamiento tal vez pueda entenderse más si se observan los hechos desde el punto de vista militar. Al revisar las fechas se comprueba que, en aquellos días del encuentro, el ejército tenía ya distribuidos los mandos. El 24 de mayo, por aclamación popular y militar, el capitán general de Zaragoza Guillelmi, había sido destituido y aprisionado. El día 26 se nombraba en su lugar a José de Palafox por aclamación popular. Los ingenieros salieron de expedición desde Alcalá de Henares la noche del 8 al 9 de junio. La mañana del día 9, Palafox se reunió en el Palacio Consistorial de Zaragoza con los diputados a Cortes, los jefes militares y la representación eclesiástica. Palafox explicó la situación de defensa en que pensaba poner a la ciudad y alrededores, dejando establecidas todas las jerarquías de poder. El 16 de junio, el pueblo de Zaragoza «se empleó en preparativos de defensa» (Alcaide: 35-48; 86). El grupo de José María Román se presentaba ante Palafox el día 17 en Longares. Puede decirse entonces que los ingenieros llegaban tarde a la lucha; que eran unos recién llegados con quienes en definitiva no se había contado. Entonces, es algo comprensible que se les invisibilizase. Eso fue precisamente lo que sucedió en la reseña de los hechos de Agustín Alcaide (1830, T. I).

Dicho panorama ayuda a explicar que los militares no les diesen ni el recibimiento ni la acogida acorde con el Cuerpo ingenieros. No fueron los únicos, pues el día previo al encuentro tampoco los habían reconocido las autoridades municipales zaragozanas y les habían dificultado el paso.[5] Es posible que la desconfianza y la

5 El día 15 el pueblo de Muela, inquieto porque los franceses andaban cerca, puso «alguna dificultad en que nos dexasen seguir tranquilamente nuestro camino»; y ya en Muel «el Alcalde nos puso guardias en la Posada; con mucha dificultad pudimos conseguir nos diese un pasaporte» (Román, 2008: 40).

crispación general se mostrasen también en la reacción de los militares ante un Cuerpo que llegaba cuando el sistema de controles, nuevos poderes y jerarquías estaba medianamente establecido. Es más, existían conflictos internos de poder incluso entre los propios militares. Así lo dejó traslucir Román cuando entre los días 21 y 23 de agosto se reunieron en Tudela Luis Rebolledo Palafox, marqués de Lazán, con Juan O'Neille, el conde de Montijo, los barones de Warsages y de *San*t Marq. «La reunión de tantos Generales hacía dudas de quién sería el Gefe», plantearon quién llevaría el mando y ninguno lo quería aceptar, hasta que Lazán dijo á Montijo: «mandas tú ó mando yo». Pero lo decidieron sin el debido respeto de jerarquías, con lo que Montijo: «que no era más que coronel de milicias, tomó el mando sobre los mariscales de campo antiguos O'Neille y Lazán» (2008: 48).

Si su decisión se interpreta conforme a los criterios de Andújar (1991: 206-207), con la elección de la alcurnia más añeja de los Montijo frente a los Lazán, los militares estaban anteponiendo los valores tradicionales; estaban primando el origen social, la sangre más vetusta frente a la antigüedad en el Cuerpo o el mérito. De cualquier modo, con su queja por la posesión de Montijo, Román resaltaba las virtudes racionalistas del mérito y la experiencia, con sus consecuentes jerarquías. Estaba ensalzando los valores propios del Cuerpo de ingenieros, y con ellos, su propio papel en esa guerra.

Aquel conflicto de militares e ingenieros se iba a ir difuminando y tornando en reconocimiento conforme avanzase la guerra para desaparecer tras la capitulación. Así se mostró en la cooperación de los ingenieros compañeros con los altos mandos, en las expediciones donde salieron acompañando al marqués de Lazán, o en las distinciones que Román obtuvo en forma de escudos (2008: 56-57) y ascensos (AMZ: f.11).

2.4. La imagen del bando opuesto: el traidor y el «enemigo» «francés»

José María Román marcaba una gradación sobre los aliados del ejército enemigo bastante personalizada. Iba más allá de los criterios estrictamente ligados a un bando, pues afectaban a la cuestión grupal, de la comunidad. Respecto a los españoles que dejaban de luchar contra el francés, tenía tres actitudes. No descalificaba a quienes desconocía, ni aunque hubiesen escapado de una batalla en que podían haber colaborado con su causa, como unos desertores que habían huido de la acción de Alagón (de quienes señalaba que encima les miraban mal porque ellos querían unirse a la lucha por Zaragoza). Pero, si se trataba de militares a quienes conocía, sí opinaba,

como con Rejón y Romero, quienes con el conde de Gálvez se marcharon tras la batalla de Épila. Estos, «habían llegado al Frasno no sé por dónde», y «salieron dirigiéndose —según ellos decían— á Valencia». Por todo lo cual Román les desautorizaba indirectamente: «Esta salida fue causa, ó á lo menos origen, de que en adelante los publicasen por traydores en la *Gazeta de Zaragoza*» (2008: 40-41).

Cuando se trataba de compañeros cercanos, de su Cuerpo, quienes hacían la traición, Román opinaba de forma abierta. Les confería el peor apelativo que pudiera conceder un cristiano a la convivencia de grupo. Cuando eran conducidos prisioneros por Aragón, señalaba que, de los diez ingenieros que iban en la primera división, seis de ellos les salieron Judas (2008: 57). Así dejaba patente que, conforme se acercasen a esa comunidad de ingenieros a la cual pertenecía, sólo era admitida la lucha a favor del bando español, considerando inaceptable el apoyo de la causa francesa.

Por el contrario, aplaudía el ataque contra el ejército francés. Incluso con pequeños detalles que fuesen más allá de sus continuas acciones de guerra. Como a inicios de octubre de 1808, cuando hicieron una excepción en sus hábitos corporativos. En la villa aragonesa de Sos, estuvieron alojados «en casa de un cura sordo muy patriota que mató á dos ó tres franceses cuando entraron la primera vez», motivo por el cual compartieron mesa con él «contra la costumbre establecida» (2008: 49).

Respecto al ejército vecino, Román lo denominaba en función de su procedencia geográfica, «francés»; también según la posición que en la guerra tenía dicho ejército, «enemigo». Durante la conflagración usó ambos términos, incluso a modo de sinónimos (Román, 2008: 40). Nunca denominó al ejército «napoleónico» ni «gabacho». Tampoco descalificaba a los franceses en abstracto, crítica que sin embargo fue muy común en el noroeste español (Moliner, 1995: 23-27). Entonces, Román no presentaba una animadversión de carácter nacionalista o xenófoba. Sólo criticaba de manera contenida a personas concretas, en función de actuaciones injustas.

Precisamente la violencia del general de división Morlot le transformó ante los ojos de Román en odioso. Tras la capitulación, le tachaba de «cruel» porque había hecho una sangría con todos los prisioneros de la primera división que no podían seguir andando hacia Francia. En el camino de Zaragoza a Alagón habían dejado a más de doscientos cadáveres, y lo mismo hacían en la división de Román «con todo el que no podía andar» (2008: 57). Sus apelativos quedaban de sobra justificados, pues de su barbarie quedaron otros vehementes testimonios, como el de García-Marín, coronel de los Reales Ejércitos que afirmaba que el mal trato y la crueldad del

general Morlot con su «horda de vándalos» hacia «los infelices prisioneros excedía toda ponderación»; y que los sacrificados fueron «arcabuceados impunemente a sangre fría por aquellos detestables enemigos de la humanidad» (1817: 159-160).

José María Román también contaba que al entrar en Tafalla «el infame Morlot» les hizo formar un círculo y a su vista «mandó fusilar a cuatro prisioneros que se habían quedado en una casa». En Bayona, «El ladrón de Morlot, codicioso de los varios sables de plata» que habían conservado algunos de la primera división como Román, se los arrebató (2008: 58-59). Y es que Morlot estaba siendo radicalmente injusto. Se saltaba incluso las condiciones para la capitulación de Zaragoza. Matándoles incumplía la cuarta condición de respetar las vidas de los ciudadanos; también la segunda, por la cual quienes no quisieran entrar al servicio de Napoleón serían conducidos prisioneros a Francia (lo que impedía al asesinarles). Robándoles incumplía también la tercera, según la cual conservarían a sus oficiales las armas y caballos (García-Marín, 1817: 156-157). Excedía incluso los límites del castigo de la guerra, por lo que Román reprochaba lo injusto de su trato. Entonces estaba midiendo al francés por sus actos, no como enemigo abstracto de la patria.

3. Francia: camino al cautiverio, en el depósito de Nancy y en el de Caudebec

3.1. La imagen del «amigo» francés

El hecho de que Román valorase a cada cual por su actitud y cualidades personales se pone de especial relieve a través de dos franceses que ocuparon el mismo puesto en Nancy. En concreto, dos traductores de las casernas desde las cuales controlaban el régimen de cautiverio. Primero ocupó el cargo el generoso Laborie, «hombre muy instruido y sumamente hábil en la ciencia del vivir» que les favoreció con su trato, pues «servía de buena gana a sus amigos, y bajo cuya *interpretación* apenas hubo de sentir por su parte el depósito». Román particularmente afirmaba deberle muchos favores. Mientras, cuando se recrudeció el control bajo la supervisión del «calvo la Motte», se hizo un escrutinio más riguroso de las cartas. Endurecieron tanto las condiciones que Román descalificaba a ambos, sin siquiera decir el nombre del traductor, probablemente por miedo a la represión. Decía que la Motte, «ayudado por la poquedad y mala inteligencia o voluntad de su intérprete Don...», había destinado a muchos oficiales «a Landau y otros castillos por cosas muy nimias» (2008: 106; 105).

Esta evaluación de la persona ajena a prejuicios de corte patriótico se manifestó desde sus comentarios iniciales sobre las féminas. Ya prisionero, al poco de entrar en Francia por Dax, señalaba que la mujeres eran «en general bien parecidas», que estuvieron en una casa de baños donde les trataron bien. En Langon añadía como colofón: «Habiendo ido á vísperas y visto las mugeres sentadas en sillas y con sus vestidos ordinarios, por la primera vez experimenté una sensación que no se puede describir» (2008: 59; 61).

También apreciaba en los franceses cualidades más profundas que las externas. Su capacidad de valoración personal se mostró de manera intensa con dos amigos que hizo durante su cautiverio. En abril de 1809, al poco de llegar a Nancy, gracias a su régimen de parcial libertad, conoció en la biblioteca universitaria al profesor Blau. Comenzaron a hacer intercambios de clases en sus respectivos idiomas y pasó a residir en su casa desde junio, entablando con su familia fuertes lazos que acaso contrarrestasen su posible desarraigo. La relación fue tan estrecha que le denominaba «mi amigo Monsieur Blau», de quien valoraba todas sus cualidades humanas y científicas:

> Subsití en su casa hasta el 4 de enero en *1*814 en que me despedí de él, seguro de dexar en Nancy un amigo verdadero, á quien siempre estaré reconocido. A las buenas qualidades de su alma reúne M*onsieu*r Blau una instrucción muy sólida baxo la apariencia de un hombre ligero [...] Profesor cuidadoso hasta el extremo de sus discípulos, desvelándose por dar puesto á sus amigos, es M*onsieu*r Blau uno de los hombres más estimables que pueden hallarse, y á q*uie*n es imposible conocer sin amar (Román: 103; 102).

En los últimos meses de 1814, que pasó en la ciudad normanda de Caudebec, estuvo alojado en casa de *monsieur* le Sage, cuya huella anímica consignó también. Román afirmaba que por todos los favores que le había hecho y el buen trato que experimentó en su casa le iba a estar «enteramente agradecido, así como á su señora y hermano» (2008: 123). Queda entonces patente que no trataba al francés «a priori» como enemigo, sólo salvo actitud justificada. Demostró que para él cada cual era medible por su valía y trato personal. Lo cual se debía en parte a la visión común entre el cuerpo de ingenieros de la valoración en virtud del mérito, la capacidad y la inteligencia (Muro, 2007: 201). Se debía también a su talante de corte racional e ilustrado humanista. De cualquier modo, esa visión positiva de algunos ciudadanos franceses contribuyó seguramente a la propia percepción positiva del país.

3.2. «Habiendo estado en el territorio francés 5 años, 2 meses y 15 días»

Así consignó José María Román en su diario el tiempo que había permanecido en Francia; eso dijo el primer día que salió de Francia. Dicha mirada lineal hacia el pasado podría parecer una medición del tiempo calculada al día y a la hora, ansiosa de recibir la deseada e incierta libertad para regresar a España. Pero se contradecía a todas luces con la vivencia positiva del grueso de su cautiverio. Esto, junto con el hecho de que no fuese el único en emplear ese tipo de cómputos en la época,[6] obliga a plantear si Román estaría empleando un registro del tiempo que estuviese estereotipado entonces. En efecto, usaba la manera propia de contar los días de trabajo de una hoja de servicios del siglo XIX, militar en su caso (AGMZ: f. 10). Esta conclusión dirige de nuevo hacia la idea de que su visión, en este caso del tiempo, podía estar tamizada por su profesión.

Y es que en realidad la visión negativa de Francia sólo concordaba con breves experiencias ligadas a los inicios de su estancia. El primer contacto con el país vecino supuso uno de los momentos más tristes, cuando Román relataba que, tras pasar por la isla de los Faisanes, volvieron con lágrimas en la cara la vista a su amada patria y entraron en Francia (2008: 59). Otro elemento negativo lo provocaron las inclemencias del tiempo. *Llovía a mares cuando llegaron al depósito de Nancy* en abril de 1809. Las nieves, poco frecuentes pero duraderas sobre la tierra, quedaron también grabadas en su retina, lo mismo que el clima sumamente frío. Contaba que en el invierno de 1809 a 1810 llegó el termómetro a los 18 bajo cero, por lo cual «se helaba el vino, el pan, los huevos y hasta el aguardiente. El vapor de la respiración de la noche se hallaba helado en las sábanas por la mañana». Hablando de la primavera de Nancy la describía como «muy poco agradable, regularmente hay muchas lluvias y fríos. El verano es muy desigual». Con esas temperaturas podría tal vez estar añorando de forma indirecta a su país, pues precisamente hablando del tiempo lo sacaba a colación: «Sólo en el año del cometa tuvimos un calor algo parecido al de España, y sólo en él las uvas tuvieron gusto de tales» (2008: 108-109).

La otra vivencia negativa nacía de la percepción del cautiverio: cuando endurecieron el control sobre los prisioneros, y, paradójicamente, parecían prisioneros de verdad. Fue un breve tiempo que ocupó muy poco lugar en el recuerdo de Román (2008: 105-106). Tras la muerte del benévolo general Gilot, le sucedió Pitat, quien les prohibió salir de las casas desde las 10 de la noche, además de controlar el correo

6 Por ejemplo el diario del cronista de Aragón Faustino Casa Mayor (Rújula-Casamayor: 2010, T. I).

y al personal a través de las listas. Primero las pasaban cada ocho días, y luego, como se escapaban algunos individuos, a diario. Después se recrudeció el control con «el calvo La Motte», oficial retirado que estableció una fuerte censura sobre el correo, castigos con cualquier motivo y listas dos veces al día. Pero, la mayor parte del tiempo, predominó otra imagen del cautiverio muy distinta, y bien diferente de otros cautivos de elite residentes en prisiones, como el general Contreras (Gimeno, 2010).

3.3. La prisión: ¿«tiempo de libertad»? El espejismo de la libertad

Román transmitió una vivencia muy positiva de la mayor parte del camino a Francia, así como de todo su tiempo de cautiverio entre 1809 y 1814. En primer lugar, puede atribuirse a que gozó de gran libertad física y de movimientos gracias a su condición de prisionero de élite. Camino a Francia iba durmiendo en fondillas o en casas particulares. Al llegar a Nancy en febrero de 1809, estuvo destinado a una caserna militar con sus compañeros. Pero desde junio pasó a residir en la casa del profesor universitario Blau. Como sólo tenía que pasar la lista de control una vez al mes, podía salir de la ciudad sin límite de distancia ni de hora para su recogimiento nocturno. Entonces, llegó a asistir a los bailes e incluso a las romerías y a las fiestas de los pueblos vecinos. Gozaba de tanta independencia que Román llegó a denominarlo «tiempo de libertad» (2008: 103).

En segundo lugar, esa vivencia positiva dependió de que Román gozaba de gran libertad intelectual. Sumada a su inquietud, le incitaba a visitar continuamente bibliotecas, museos o teatros. Le llevaba a formarse, a leer múltiples libros de la universidad de Nancy o del profesor Blau. Éste le enseñó la lengua alemana y la griega, que le abrían otras puertas del saber.[7] Asimismo, frecuentó los espacios de sociabilidad francesa, con su intenso movimiento de ideas. Francia parecía representar el lugar donde Román aumentaba su cultura y conocimientos científicos. Ese panorama intelectual debía de contrastar bastante con la censura fernandina e inquisitorial española.

En tercer lugar, habría que sumar un sentimiento de libertad espiritual. Siguiendo la obra *Resurrección* de Tolstoi, Pedro Oliver (2001) interpreta cómo algunos presos políticos generaban un sentimiento de libertad nacido de su espíritu de resistencia. En el caso de Román, permanecer preso —sin pasarse al otro bando— era probablemente una ética de resistencia, una manera pacífica de seguir fiel a España y tam-

7 En 1832 José María Román publicaba una gramática griega donde reconocía aquel aprendizaje (1832: v).

bién a su monarca. Siendo fiel a su causa y cumpliendo cautiverio estaba manifestando su lucha interna y pacífica contra el enemigo. Esta idea concuerda con una frase que expresó Román siendo ya prisionero del ejército francés en Pamplona. Tras percatarse de que su compañero el ingeniero Francisco de Gregorio se quedó escondido, añadió que lo hizo «sin duda con la intención ya de abandonar la buena causa» Entonces, ¿la buena causa consistía para Román en seguir preso y resistir cumpliendo su pena? Posiblemente. En esa misma línea se podría interpretar la frase en donde manifestaba indirectamente que, ni quería intentar escapar, ni comprendía el hecho de que le controlasen o castigasen al ceñirse sobre él la sospecha de que pensaba huir.[8]

Todo ese aprecio de la libertad física, intelectual y espiritual de aquel hombre ilustrado terminó generando el espejismo de la libertad. Porque, paradójicamente, ese tiempo de prisión fue recogido en sus vivencias como un tiempo de libertad, lo consignase o no directamente en esos términos (como también lo hizo).

Pero puede afirmarse que esa vivencia positiva era hija de su subjetividad y percepción. Varios indicios apuntan en ese sentido de que aquel cautiverio no era tan idílico como a veces aparenta tras la lectura de sus páginas. Primero, el hecho de que escapasen compañeros suyos con equivalentes medios y condiciones. Segundo, el hecho de que, pese a su libertad de movimientos y posibilidades de desarrollo intelectual, seguía siendo un cautivo; que aquellas ventajas no eliminaban la difícil situación de todo prisionero en el exilio, con sus penurias y desarraigo (Fuentes, 2008: 20). Tercero, el hecho de contemplar por múltiples testimonios suyos que era un hombre optimista, atento a las cosas buenas, siempre reacio a regodearse en las negativas, es decir, que la dificultad no le impedía ver la belleza de las cosas.[9] Donde quedaba más patente el choque entre su realidad de prisionero y su vivencia positiva es cuando él mismo retrató esta situación física. Cuando hablaba de aquel «tiempo de libertad» estaba dejando patente —por la oposición lógica implícita— que era un tiempo de cautiverio: que se sentía libre, pero estaba preso. Estaba ante un espejismo de libertad generado por todo su optimismo, vida interior e independencia de movimientos.

---

8 Así lo revelaba indirectamente el autor cuando contaba que, en la época en que endurecieron los controles de los prisioneros, estaban castigando a sus compañeros «a veces por cartas que recibían sin que ellos hubiesen dado el menor motivo. Yo estuve baxo la inmediata inspección de la gendarmería, porque uno me escribió en enigma que iba a escaparse» (Román, 2008: 58; 105).

9 Pensamiento tan optimista que no le impedía incluso decir de donde estaba cautivo: «Nancy es la ciudad más hermosa y regular que hay en Francia» (Román, 2008: 67-71).

Volvería a caer en este espejismo en los momentos finales del poder napoleónico. El día 2 de abril de 1814, Román y su grupo recibían la orden de salir desde Caudebec hacia Caen bajo la custodia del ejército napoleónico. Pero no lo acataron porque el ejército aliado ya había vencido al de Napoleón en París. Entonces, hasta que se decidiera la victoria se quedaron escondidos en casa de *monsieur* le Sage. Finalmente, el día 8, viernes Santo, se tuvo la noticia oficial de la variación del gobierno, por lo que se consideraron «libres» y trataron de salir á París (2008: 123). Se consideraron libres, pero en realidad seguían siendo presos del estado francés y estaban escapando, pues tampoco se sabía qué iba a pasar en esos delicados momentos con el poder napoleónico. Tampoco eran libres de hacer lo que quisieran, como se puede ver por dos cuestiones, una ligada a su actuación inmediata y otra a su reconocimiento posterior. Respecto a la primera cuestión, no eran libres porque estaban escapando, ni tampoco tenían libertad para ir a España, pues siguieron actuando como militares en tiempo de guerra y se fueron a París para presentarse ante el ejército aliado. Respecto a su reconocimiento posterior, Román recibiría años después y precisamente por el hecho de haber escapado, «la medalla concedida a los prisioneros que se fugaron de los depósitos de Francia» (AMZ: f. 11). Libertad vivida pero en realidad conseguida mediante la fuga.

4. El Regreso a España. Los ojos del ingeniero: «nuestros bárbaros enemigos»

Toda aquella percepción positiva asociada al saber, la libertad y la ciencia que Román había ofrecido de Francia, iba a desaparecer por completo a su regreso a España. Tomaría su lugar la visión negativa. ¿Cómo? Mediante las imágenes que transmitió de esa guerra, acaecida en tiempos y lugares que él no había podido vivir por haber estado cautivo en Francia.

Primero, tamizaba otra vez el paisaje español con los ojos del ingeniero, mostrando los elementos que habían servido para el sistema defensivo durante la guerra. Entonces, la guerra aparecía a través de la labor que otros habían desempeñado para defenderse del enemigo. Segundo, la guerra salía a escena por la destrucción y las secuelas. Román reflejaba la desolación de los pueblos y lugares por donde iba pasando, y lo hacía comparando el antes y el después. Señalaba el número de almas que tenían los pueblos antiguamente, las fábricas desaparecidas u otras mermas. Por ejemplo, de Celada del Camino escribía que antiguamente tenía 90 vecinos y había quedado «reducido a 30 casas sumamente pobres; todas las demás fueron quemadas

por los franceses». A través de los restos producidos por los desastres de la guerra, Román fue reflejando poco a poco una nueva imagen genérica del francés. A un lado quedaba aquella visión de tierra de la cultura y la libertad reflejada meses atrás, cuando decía que «todo este país presenta el aspecto más lastimoso que puede darse», porque a «la poca población y mal cultivo que siempre ha habido», se sumaba «la asolación causada por nuestros bárbaros enemigos» (Román, 2008: 152-153).

Poco a poco, ese destrozo de España se fue transformando en una especie de ahogo que se tradujo en el silencio de Román. Tanto que, tras haber pasado mes y medio en Madrid, no comentó nada de la ciudad; ni una frase. Finalmente, para terminar su viaje, marchó hacia su pueblo. Buscaba de esa manera a su comunidad. Comunidad que iba a encontrar en sus orígenes y también en su familia, a través de su hermano Ventura Román. Volvía de ese modo a sus raíces, a la verdadera patria de la que había permanecido alejado cinco años.

5. Conclusiones: la vivencia del ingeniero ilustrado en guerra y prisión

El análisis del diario de José María Román muestra cómo el pertenecer a un grupo profesional le marcó una huella intensa a la hora de escribir su experiencia. Formar parte del Cuerpo de Ingenieros militares condicionó la creación del cuaderno y las propias imágenes registradas de los lugares en tiempo de guerra, pues se vinculaban a las labores de defensa y estrategia del territorio. Tales imágenes aparecieron desde su salida de Alcalá, durante los dos sitios de Zaragoza (1808-1809) y a su regreso del cautiverio (1814). Durante todo ese tiempo de movimiento, así como en su camino al cautiverio, la legua apareció siempre registrada. Al consignar la distancia andada en horas —con esa medida de espacio en función del tiempo—, daba la sensación de que medía el tiempo, pero un período incierto en que no se sabía qué podía pasar. Asimismo, al señalar el tiempo que había vivido en Francia contando los días, años y meses, parecía reseñar momentos de existencia con inquietud. Sin embargo, de nuevo estaba condicionado por su profesión, pues seguía el modelo marcado por la contabilización de las hojas de servicios. La visión general del país vecino era otra diferente por completo.

En general, reflejó su periodo de prisión en Francia como una vivencia harto positiva. Resulta paradójico que estando cautivo transmitiese una sensación de auténtica libertad. Esta visión dependió de su libertad física de movimientos, de su inquietud intelectual, de su capacidad espiritual de resistencia, de su optimismo y

amplitud de miras. Tales cualidades le llevaron a formarse más y a ampliar sus conocimientos de tal modo que aparentaba estar viviendo un «tiempo de libertad», según las palabras que él mismo empleó. Si bien esta imagen era la de un espejismo fruto de su subjetividad.

Contribuyeron también a dicha visión positiva las grandes amistades que forjó en Francia. Su capacidad para trazar aquellas relaciones se basaba en que medía al individuo por su actitud y comportamientos. El enemigo sólo era descalificado cuando había un motivo. Para juzgar a la persona, Román se fijaba en su proceder, fuese militar español o traductor francés. Eso dependía de la formación racionalista propia de un ingeniero, que buscaba las cualidades en el mérito y la actitud personal; además se ligaba a un humanismo ilustrado que borraba fronteras previamente establecidas.

Bibliografía y fuentes

Archivos

AMZ: Archivo Municipal de Zaragoza, Signatura 28-1/79, Caja 08191, fols. 1-30.

AGMS: Archivo Militar General de Segovia, Sección 1ª, Legajo R. 2757, fols. 1-15.

Fuentes secundarias

ALCAIDE, Agustín (1830), *Historia de los dos sitios que pusieron a Zaragoza en los años de 1808 y 1809 las tropas de Napoleón*. Imprenta de Burgos, Madrid, T. I.

ANDÚJAR, Francisco (1991), *Los militares en la España del Siglo XVIII*, UG, Granada.

AYMES, Jean René (1993), *La deportation sous le premier empire*, La Sorbonne, Paris.

AYMES, Jean René (2008), *Españoles en París en la época romántica,* Alianza, Madrid.

BELTRÁN, M; BELTRÁN, A.; FATÁS, G. (1983), *Aragoneses ilustres*, Caja de Ahorros de la Inmaculada, Zaragoza.

CAPEL, Horacio (2001), «Los Ingenieros Militares y su actuación en Canarias», en *Actuación de los ingenieros militares en Canarias*, Gral Gutiérrez, Tenerife, pp. 13-54.

CAPEL, Horacio; SÁNCHEZ, Juan E.; MONCADA, Omar (1988), *De Palas a Minerva*, Serbal-CSIC, Barcelona.

CASAMAYOR, Faustino (2008), *Años políticos e históricos de las cosas más particulares ocurridas en la Imperial, Augusta y Siempre Heroica ciudad de Zaragoza,* Comuniter, Zaragoza. Edición de Pedro Rújula.

FERNANDO VII (1819), *COLECCIÓN LEGISLATIVA DE ESPAÑA, Colección de Reales Resoluciones. Apéndice a los Tomos I al IV,* Imprenta Real, Madrid.

FUENTES, Francisco (2008), «Yo nada valgo. Rafael de Riego y la revolución liberal», en M. Pérez e I. Burdiel (eds.), *Liberales eminentes,* Marcial Pons, Madrid, pp. 13-41.

GARCÍA, Manuel-Reyes (2002), *El arma de la palabra*, Universidad de La Coruña, Coruña.

García-Marín, Fernando (1817), *Memorias para la historia militar de la guerra de la Revolución Española, 1808-1814,* Miguel de Burgos, Madrid.

Gimeno, María Dolores (2010), «El sitio de Tarragona en las memorias del General Contreras», en *Experiencia y memoria de la Revolución Española*, en Fernando Durán, Diego Caro (orgs), UCA, Cádiz.

Gómez, Gutmaro (2006), «La distinción en las cárceles», en Santiago Castillo y Pedro Oliver (coords.), *Las figuras del desorden*, Siglo XXI, AHS, Madrid.

Moliner, Antonio (1997), «La Imagen de Francia y su ejército en Cataluña durante la guerra del francés (1808-1814)», en Jean René Aymes y Javier Fernández Sebastián (eds.), *La Imagen de Francia en España*, UPV-Sorbonne, París, pp. 15-34.

Moliner, Antonio (2007), *La Guerra de la Independencia en España*, 1808-1814.

Muro, José (2002), «Ingenieros militares en España en el siglo XIX. Del arte de la guerra en general a la profesión del ingeniero en particular», *Scripta Nova*, VI, nº 119.

Muro, José (2007), «La organización y formación de los ingenieros militares en España», en Antonio Lafuente, Ana Cardoso y Tiago Segura (eds.), *Maquinismo Ibérico*, Doce Calles, Madrid, pp. 191-215.

Oficial del cuerpo de ingenieros (1846), *Resumen Histórico el Arma de Ingenieros en general y su organización en España*, Imprenta Nacional, Madrid.

Oliver, Pedro (2001), *Cárcel y sociedad represora (S. XVI-XIX)*, UPV, Bilbao.

Román, José María (1832), *Gramática Griega*, Imprenta Real, Madrid.

Román, José María (2008), *Viaje y Prisión del ingeniero militar José María Román durante la guerra de la independencia (1808-1814)*, Fundación Lázado Galdiano, Sociedad de Conmemoraciones Culturales, Madrid. Edición crítica de María Zozaya.

Sala, Mariano (1908), *Obelisco histórico en honor de los heroicos defensores de Zaragoza en sus dos sitios*, Salas-Arzobispo, Zaragoza.

Tolstoi, Lev (1988), *Resurrección*, Andrés Bello, Barcelona.

Uña, Octavio; Hernández, Alfredo (2004), *Diccionario de Sociología*, Esic, Madrid.

Zozaya, María (2008), «Novecientas Leguas», *Viaje y prisión del Ingeniero militar José María Román* (ed. crítica), Fundación Lázaro Galdiano, SCC, Madrid, pp. 1-32.

Zozaya, María (2010), «From Saragossa to France», en *Napoleon and the Transition to the Modern World,* VIII International Congress, Napoleonic Society, Malta.

El conflicto bélico contra los franceses y, más tarde, las Cortes de Cádiz marcaron decisivamente la evolución de la España contemporánea, porque descompusieron de manera irreversible las estructuras del Antiguo Régimen. Pero al margen de la transformación estructural hay otros enfoques más subjetivos e intrahistóricos que permiten abordar ese proceso. Toda revolución produce un efecto traumático sobre los individuos y los colectivos, y genera una avalancha de testimonios, justificaciones, imágenes, discursos y relatos. Estos testimonios configuran toda una «retórica de la memoria», tendente a su vez a dar soporte a una «política de la experiencia». Así, el relato de esta convulsa revolución española se construye también desde las visiones subjetivas y parciales de los protagonistas y testigos de los hechos. Este volumen se dedica al análisis de estas «experiencias» y «memorias», a la valoración de los testimonios, para conocer mejor cómo los contemporáneos de estos sucesos históricos articularon posteriormente sus vivencias personales y colectivas. Y es que, si compartimos con Pierre Nora que toda generación es «una comunidad de memoria», se trataría de ver si los españoles fueron capaces de construir una visión compartida o si ya entonces emergieron dos o más maneras de entender y narrar lo vivido. Estamos, pues, ante dieciocho trabajos elaborados por reputados especialistas que, con nuevos planteamientos y materiales, recorren diferentes grupos ideológicos o sociales para intentar acercarse al factor humano de la guerra y la revolución, una experiencia y una memoria que nos previenen de lecturas unívocas y falsamente unitarias. La suma de todas las luces refractadas por este prisma de la subjetividad es la que acaso nos permita conocer mejor esta «revolución española» y el papel determinante que tuvo en la configuración de la España contemporánea.

Ayuntamiento de Cádiz

1812 2012
CONSORCIO PARA LA CONMEMORACIÓN DEL II CENTENARIO DE LA CONSTITUCIÓN DE 1812

1812 CCC 2012
CÁDIZ CIUDAD CONSTITUCIONAL

Pepa 2012
Constitución Española

UCA Universidad de Cádiz
Servicio de Publicaciones

ISBN 978-84-9828-334-1